

la faz del mundo y arrostrado la opinion pública con burla y desprecio, habia venido sumisa y penitente á doblar su altiva cabeza bajo los piés de Cristo, y pedir al que confesaba por su Dios la curacion de los males de su alma; y el casto amor del Señor habia absorbido todos los vanos amores y todas las aficiones mundanas de la jóven dama de Magdalen. Ella habia pisoteado sus collares de perlas, sus cadenas de oro y de pedrería, vendido su palacio situado entre las adelfas, laureles y rosales que circuyen el hermoso mar de Galilea; y al presente, sin otro adorno que un pobre sayal y su magnífica caballera negra con la que habia enjugado los piés del Señor, la jóven patricia, rica por sus limosnas y mas bella con sus nuevas virtudes, derramaba las lágrimas de su arrepentimiento en el seno misericordioso y puro de Maria. La Virgen inmaculada habia recibido en sus brazos y acogido en su pecho á la grande pecadora, y cultivaba en ese suelo fértil y por largo tiempo inculco, las flores que se abrian para el cielo.

Despues de muchos padecimientos y sustos largos de referir, la Virgen entró en Jerusalem, la ciudad funesta, en seguida de Jesucristo, para celebrar la última pascua que el Señor hizo con sus discípulos. Ella vió á los habitantes de la ciudad de los reyes salir en tropel al encuentro del Hijo de David, que venia á ellos lleno de dulzura, montado como lo acostumbraban los jóvenes príncipes de su linage, y recibiendo con benignidad los sencillos obsequios que le ofrecia espontáneamente esa multitud deseosa de ver á su profeta; porque Jesucristo no desechó jamás los humildes testimonios de gratitud y de amor que le ofrecieron sus criaturas. Por pequeñas que fuesen esas muestras de afeccion y de agradecimiento, eran recibidas con una bondad divina desde el momento en que salian del corazon.

Magdalena, contemplando á la vez á su Señor y á esa multitud de pueblo que hacia resonar los aires con los gritos de *hosanna*, lloraba tiernamente bajo su velo. Maria tambien tenia los ojos humedecidos; pero sus miradas estaban dirigidas hácia el Nordeste, con direccion al *Calvario*.



LIBRO XVII.

María en el Calvario.

LAS palmas que los hijos de los hebreos habian arrojado bajo los pasos de Cristo, cubrian todavia con sus verdes hojas el áspero camino de Betánia; el eco del valle de los cedros (1) repetia aun los lejanos sonidos de los gritos de triunfo y de júbilo con que la hija de Sion habia saludado al *Rey pobre*, cuando Jerusalem fué profundamente conmovida por un nuevo suceso, de una grande y triste importancia.

Los príncipes de los sacerdotes, los senadores y los fariseos, descaban aprehender, aunque fuese á precio de oro, y sin retroceder ante la traicion doméstica, á un *gran Culpable* que ponía en peligro, segun decian, el culto y el estado. Preciso era, efectivamente, que ese hombre fuese muy peligroso, pues

que aquellos *venerables personajes* se habian impuesto un ayuno extraordinario para apoderarse de él (2), habiendo hecho asimismo, en la ciudad, algunas limosnas á son de trompeta. Los fariseos, esos hombres de *conciencia*, que no robaban sino á los incircuncisos, y que habrian dejado perecer á su prójimo en el fondo de un pozo en el dia del sábado, si bien habrian sacado prontamente su buey ó su asno, se habian encargado de propalar en el pueblo, tan fácil de engañar y seducir, rumores alarmantes y vagas noticias, que le habian puesto en una especie de inquietud febril, de la cual no podia salir sino por un exceso de ferocidad. Estando las cosas preparadas de este modo, vióse descender en una tarde, del monte María, á una tropa perfectamente armada, en la que se encontraban algunos senadores, y mandada por el capitán de los guardias del templo (3); la chusma de los príncipes de los sacerdotes venia despues, y á la cabeza de aquel batallon, que marchaba á paso mesurado al resplandor de algunas antorchas de resina, y de esas grandes linternas que los asiáticos atan á unos elevados palos, á fin de levantarlos en alto; á la cabeza, decimos, caminaba un hombre de frente chata, mirada recelosa y fisonomía vil, cuyo cinto estaba lleno de oro robado á los pobres (4), y al cual creia ya reunidas las treinta monedas de plata que iba á ganar, entregando á la Sinagoga,—muy judia para pagar adelantado una traicion,—á su maestro, á su amigo, á su Dios. Porque era el hijo de David, el triunfador de la víspera, Jesus de Nazareth el gran profeta galileo, á cuya voz la muerte largaba su presa, y cuyas órdenes respetaban los vientos, era á él á quien los sicarios de los príncipes, de los sacerdotes y de los fariseos iban á buscar en la montaña de los Olivos, á donde, segun lo cuenta san Lucas, se retiraba por la noche, despues de haber enseñado en el templo. No se habian atrevido á prenderle á la luz del dia, porque temian alguna resistencia de parte de la multitud, que de todas partes venia á escucharle bajo el pórtico de Salomon.

La tropa armada y conducida por Iscariote, atravesó el estrecho recodo por donde corre el Cedron, aquel torrente de aguas tenebrosas (5) que vió pasar al rey David cuando huía con un puñado de fieles servidores de la soldadesca insur-

reccionada por su hijo Absalon. Mientras que los soldados del templo, silenciosos y feroces, seguian las orillas del torrente, donde se reflejaban sus antorchas, á fin de ganar las alturas de Gethsemaní, y mientras que el viento de la tarde agitaba las copas destrepzadas de los sauces, que muy presto debian ver á Judas ahoreado de una de sus ramas, suplicio dulcísimo para tal traidor, pero al cual añade diariamente alguna cosa la eterna maldición de las generaciones que se suceden sobre el globo; mientras que aquella pasaba, decimos, otra escena solemne y tierna tenia lugar en el jardín de los olivos, á donde el indigno apóstol iba á buscar á su maestro, para perderle.

Crusto, despues de haber orado largo tiempo con el rostro postrado en tierra, y despues tambien de haber sufrido esa espantosa agonía que cubrió de un sudor de sangre su divina frente, se puso en pié con resignacion sumisa á la terrible voluntad de su Padre, y pronto á beber hasta las heces el cáliz de la amargura. Levantó sus rasgados y dulces ojos al cielo estrellado, cuyas constelaciones señalaban media noche, y en lo alto del cual brillaba la luna, esa bella lámpara del firmamento, cuya útil luz bendecian en sus oraciones los hijos de Abraham (6). Estaba entonces en el plenilunio, y derramaba una verdadera sabana de luz sobre aquel anstero paisaje, cuyas sombrías montañas, que parecen sobrepeñas las unas á las otras, se destacan sobre el límpido azul de los cielos. Jerusalem, medio inundada en la sombra, y espléndidamente alumbrada á trechos, enviaba á lo lejos las emanaciones aromáticas de las raras plantas de sus jardines, al mismo tiempo que balanceaba al soplo de la brisa sus bosquecillos de palmas, de donde se elevaban blancas torres de mármol. El silencio, por la parte de las montañas, era profundo; pero un ligero murmullo se levantó del fondo del valle. Jesus se estremeció. Son ellos, se dijo á sí mismo; y se dirigió lentamente al lugar en que habia dejado á tres de sus apóstoles, á quienes habia escogido entre todos para que partiesen con él su vigilia solitaria. ¡Ah! la fatiga, ó el soplo embriagante del viento que gemia entre el follage espeso y pulido de los álamos, habia adormecido gradualmente á esos centinelas descuidados. Jesus

les vió dormir un instante con santa amargura: les habia anunciado que su muerte estaba próxima, que la hora del peligro habia llegado; y dormian, sin embargo, ellos, sus parientes, sus amigos, sus discípulos por eleccion, indiferentes al parecer á su peligro y á su muerte.... ¡Oh vanidad de los beneficios, de los lazos de la sangre y de la amistad! ¡Ellos estaban perfectamente despiertos sobre el Thabor á la hora de la gloriosa trasformacion; pero ¡dormian en el momento de la prueba y del infortunio!

Dejóse sentir un sordo rumor hácia el hondo camino que conduce á la pequeña aldea de Gethsemani: á poco la luz de las antorchas alumbró los árboles. Entonces dirijiéndose Jesus á sus apóstoles, que dormian aun, les dijo con voz baja, pero profunda: “¡Levantaos, vamos! El que debe venderme está ya cerca de aquí.” Apenas habia pronunciado estas palabras, cuando llegaron Judas y su banda. Adelantándose hácia Jesus, con la audacia retratada en sus ojos y la sonrisa de la falsedad sobre sus labios, le señaló á la tropa hostil que le buscaba, dándole aquel beso saerilego que lleva su nombre. Así estaba convenido. Jesterico recibió benignamente al traidor, y le dijo con una penetrante dulzura: “Amigo mio, ¿que habeis venido á hacer aquí?”

¡Qué habia venido á hacer!... Habia venido á ganar los treinta siclos de plata de la Sinagoga. La codicia, que es una pasion fria y calculadora, comete diez veces mas infamias que la violencia, y crímenes mucho mas negros.

Judas no tuvo tiempo de responder á esta embarazosa pregunta, porque avanzándose todos los otros se arrojaron sobre Jesus, y se apoderaron de él. Entonces se apoderó la cólera del corazon de Pedro (7), el principe de los apóstoles; sacó su espada ó hirió á uno de los servidores del gran sacerdote; pero Jesus detuvo su brazo, el único que se habia levantado para defenderle, y le mandó que volviese á envainar su espada. “Es necesario que se cumplan las Escrituras,—dijo la víctima santa,—es necesario que las cosas pasen así.” El Cordero de Dios queria ser inmolado por los pecados de los hombres.

La tropa enemiga, despues de haber atado á Jesus como á

un criminal, tomó otra vez el camino de la santa ciudad, y se dirijió hácia el puente de piedra que los príncipes asmeos habian levantado sobre el Cedron; pero el pueblo de Jerusalem, que habia corrido en gran muchedumbre á su encuentro, le ocupaba ya, y la tradicion cuenta que Jesus fué arrastrado á través del arroyo, para que se cumpliese así á la letra la profecía: “El beberá en el camino del agua del torrente.” Las santas huellas de los piés del Salvador, y una de sus rodillas, están impresas en el álveo y sobre las márgenes de piedra del Cedron. Despues de haber subido la cuesta de Sion, entraron en Jerusalem por la puerta Esterquilina, y fueron á casa de Caifás, gran sacerdote, donde se hallaban reunidos los escribas y los ancianos. Los príncipes de los sacerdotes y los escribas preguntaron entonces á Jesus, si él era el Cristo. “Si os lo dijese,—respondió dulcemente el Salvador,—no me creeríais.” ¿Sois el Hijo de Dios? preguntó Caifás.—Lo soy, respondió Jesus.—¡Ha blasfemado! gritó el gran sacerdote, desgarrando sus vestidos.—“¡Merece la muerte!” dijeron los escribas y los fariseos.

Entonces le escupieron al rostro, le hirieron con sus puños y le dieron de bofetadas, diciéndole con burla: “Cristo profetiza, pues, y dí quién te ha herido.”

“Durante este tiempo, Pedro, que habia jurado morir antes que abandonarle, le negó tres veces en el patio del gran sacerdote.”

Al dia siguiente, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos condujeron á Jesus á casa de Pilatos, á quien aborrecian con toda su alma, desde que habia introducido de moda en Jerusalem las insignias imperiales (9); pero como aborrecian mas aun al Hijo de Dios, y solo los romanos podian condenarle á muerte (10), se resignaron á entrar en el pretorio de aquel ídólatra, si bien tomando las precauciones mas mimciosas para no esponerse al contacto de sus vestidos, de sus banderas, como asimismo de su tribunal, lo cual les hubiera manchado para toda la vida. Despues de haber hecho cuanto estuvo de su parte para evitar un peligro tan gráve, aquellos hombres *escrupulosos* acusaron á Jesus de haber pervertido al pueblo con su doctrina; de haber sido causa de que no se pagase el

tributo al César; y en fin, de haber tomado el título sedicioso de *Rey de los judíos*. . . . Tantas mentiras como palabras.

Jesús no opuso á sus falsas acusaciones sino el silencio. Convencido Pilatos de la infame maldad de sus acusadores y de la inocencia del acusado, hubiera querido salvar á Jesús; pero no lo consiguió. Hábiles los fariseos en levantar motines populares, sedujeron al pueblo para que pudiese tumultuosamente la muerte del vástago de sus antiguos reyes; y el gobernador, que sabía calmar muy bien los clamores de los judíos cuando le convenia, contentóse con defender, apenas, al inocente, contra los fariseos que deseaban arrancarle una sentencia inicua, siendo así que debía haberle protegido con valentía y resolución. Causado el romano de tantos gritos, y vencido por su pertinacia, se lavó las manos de su sentencia, y la pronunció (11), como se la pedian. Despues, á fin de hacerse perdonar, sin duda, sus impulsos de clemencia hácia Jesucristo, y grangearse otra vez el corazón del populacho judío, á quien últimamente habia hecho apalear por sus litores (12) en un motin ocasionado por el tesoro sagrado, del cual queria apoderarse só pretexto de construir un acueducto que no era necesario, hizo azotar con varas al Hijo de David y de Salomon, entre los aplausos del pueblo deicida, que habia osado colocar sobre su cabeza y la de sus hijos la terrible responsabilidad de su muerte. Una vez hecho esto, lleno de compasion y á la vez de admiración (13), le abandonó á los insultos de una soldadesca que horrorizaba á los príncipes de la Sinagoga, pero que, sin embargo, se habia degradado hasta corromperla, con el fin único de que su odio fuese mejor saciado (14); porque esos *guardadores* de la ley de Moisés, que querian matar y escarnecer á Cristo por el amor de Dios, sabian tambien aborrecer infinitamente.

Cuando Jesús llegó al patio del pretorio, se le hizo sentar sobre una columna destruida (15), y la cohorte entera aguzó su ingenio para burlarse de él del modo mas atroz é insolente. Era entonces la época en que estaba florido el peligroso rhamnus (16), que en otro tiempo habia tenido suspendido de sus ramas al certero simbólico del sacrificio de Abraham (17); uno de los soldados se apresuró á coger una rama, y con ella hizo á

Cristo una corona derrisoria, cuyas flores se tuvieron bien pronto con su sangre, mientras que cada una de sus espinas le hacia una herida profunda é insuportable. Despues de haberle reducido á la desnudez de los esclavos, echáronle sobre las espaldas un harapo de púrpura, pusiéronle en la mano una caña por cetro, y con amargos sarcasmos y genuflexiones irrisorias, saludaron ese fantasma de dignidad real. Todo su cuerpo, destilando sangre por el azofamiento reciente, no era otra cosa que una dilatada llega, porque los látigos con puntas aceradas habian esparcido por la sala de la ejecucion los pedazos sangrientos de su carne; sobre su dulce y pacientísimo rostro, manchado con asquerosas salivas, hallábanse aquí y allí gotas de negra sangre que corria de su herida frente, á la cual no podian llegar sus manos encadenadas! . . . Los príncipes de los sacerdotes, los doctores y los fariseos contemplaban esta escena con íntima satisfaccion; aquellos *venerables* hombres trataban la piedad de bajeza de alma (18).

Cuando los pontífices y los fariseos hubieron degradado bastante á Jesús á los ojos del pueblo para destruir la idea de su divinidad, viendo que les apremiaba la cercanía del sábado, tomaron su víctima, que el pretor romano les entregó con repugnancia; y despues de haber cargado con el peso enorme de la cruz sus espaldas chorreantes y despedazadas, apresuraron con el asta de sus lanzas la marcha dolorosa y tardía hácia el Calvario, á donde iban á crucificarle.

Una multitud inmensa de espectadores llenaba las calles y obstruia las plazas públicas. Unos manifestaban altamente una alegría feroz, y maldecian á gritos al Hijo de Dios; otros se compadecian de la suerte del jóven profeta, que no habia hecho sino bien á los hombres, y que los hombres habian abandonado y vendido. Empero esas muestras de estéril simpatía apenas se percibian: los buenos lloraban ocultamente; aquellos que él habia alimentado con cinco panes en el desierto, los que habia curado, los que habia amado, estaban allí confundidos entre la multitud, y ninguna voz se alzaba protestando contra su suplicio (19); ¡aquel de sus apóstoles que mas le amaba, le habia negado cobardemente! ¡los demas, á excepcion de uno solo, habian huido!

Al tiempo de bajar penosamente por la larga calle que conduce á la puerta *judiciaria*, una muger penetró por medio de la multitud. Esa muger, notablemente hermosa, y que llevaba impreso en su dulce y suave fisonomía el tipo de la honestidad, parecía absorta toda ella en un dolor inesplicable. Sufria tanto; estaba tan pálida; sus ojos, que habian derramado ya sus últimas lágrimas, dejaban caer una mirada tan amortecida, tan santamente triste, sobre las espantosas llagas del Salvador, que al verla las mugeres de Jerusalem se pusieron á llorar, diciéndose en voz baja: *¡Pobre madre!* Ella se deslizó en silencio á través del pueblo, que se apartaba por un instinto de compasion y de simpatía para franquearle paso. Algunos fariseos de corazon empedernido, arrojaban á Jesus, bañado en sudor y espirante bajo la cruz, espresiones las mas insultantes; ella no las oyó: los soldados extranjeros que rodeaban á su Hijo le dirigieron gestos amenazadores; ella no los vió: pero cuando un grupo de lanzas, con la punta dirigida contra su pecho, se interpuso entre ella y Jesus, salió de sus ojos fijos y desencajados un relámpago que reveló la sangre de David, y su cabeza hermosa é inspirada tomó tal espresion de grandeza dolorosa y de frio menosprecio de la muerte, que los soldados vencidos bajaron lentamente sus armas ante aquella heroica y santa muger. Por feroces que les hubiese hecho la vida de los campamentos, se acordaron de sus madres.

María dirigió sus pasos vacilantes hácia el Salvador. Fijó sus miradas, llenas de angustia, sobre esa figura humillada que se arrastraba, sangrienta y casi desnuda, bajo una carga demasiado pesada; sobre ese rostro hubiera temido manchar rozándolo y dulce, que en otro tiempo hubiera temido manchar rozándolo con sus castos labios, y que ahora hinchado, cárdeno, cubierto de polvo y de sangre, apenas conservaba ya nada de la imágen del Criador. María pasó tristemente su mano sobre su frente, como para asegurarse de que no era el juguete de una pesadilla horrible. Ni un solo gemido alivió su corazon oprimido; ningun gesto de desesperacion inició á los espectadores en los misterios de su agonía; se creyó solamente que iba á morir, y en efecto hubiera muerto mil veces durante esta solemne y destrozadora pausa, si AQUEL que *mide el viento á la lana de la*

oreja, no la hubiese sostenido con el poder de la divinidad. Jesus observó bien pronto, á algunos pasos de él, esa figura muda é inmóvil; inclinándose entonces ante ella su frente encorvada bajo el peso de la cruz, pronunció el nombre de *Madre!* A esta palabra, que resonó cual una campana fúnebre á los oídos de la santa Virgen, un dolor agudo le traspasó el corazon, vióselá vacilar, palidecer; y en seguida, doblándose sobre sí misma, cayó sobre aquellas losas desiguales y enrojecidas, en que Jesus al pasar habia dejado huellas sangrientas... (20)

Un jóven galileo de rostro sombrío y abatido, una jóven muger anegada en lágrimas, se abrieron paso hasta María; sin duda Juan y Magdalena, que la amaban y veneraban como á su madre, hicieron cuanto les fué posible por arrancarla á la escena de sangre y de muerte que se preparaba sobre el Gólgota; pero sus instancias fueron inútiles, y levantándose con esfuerzo María comenzó á subir, bajo un sol abrasador, la pendiente mas escarpada del Calvario.... era el camino mas corto, y el mismo que habian hecho seguir á Jesus.

Habian llegado al término doloroso de esa triste peregrinacion, y pisaban el suelo fatal y sagrado en que el Cordero de Dios iba á satisfacer á la justicia del Cielo irritado, colocándose en lugar de todas las victimas y cargando con todas nuestras miserias. Allí iba á ofrecerse el gran sacrificio, cuya eficacia se remonta por una parte hasta la culpa original, y se estiende por otra en la noche de las cosas futuras hasta la consumacion de los siglos. Esa pequeña esplanada podregosa era el nuevo altar desde el cual debía la sangre de Cristo correr á torrentes, para lavar los pecados del mundo y destruir para siempre el decreto de muerte y de perdicion que nos entregaba al nacer á los ángeles del abismo. Pero ¿qué se habia hecho la victima santa? ¿Dónde la ocultaban sus verdugos á los ojos desolados de su madre? María estendió sus inquietas miradas sobre la árida montaña; vió al pueblo en expectacion, las cruces tendidas en el suelo, y unos trabajadores abrian con indiferencia los profundos hoyos que debian recibir los tres instrumentos del suplicio... y Jesus, ¿dónde estaba?

Apareció al fin; pero ¿en qué estado! despojado de sus

últimas vestiduras, sin un harapo con que cubrir sus carnes despedazadas y sus llagas chorreantes, ¡el, tan casto y tan puro! Sus verdugos, arrastrándole con ignominia, lo espusieron así por algun rato á la burla del pueblo; en seguida el Justo se tendió sobre la cruz, ¡ese lecho de honor que le ofrecía por precio de su amor inmenso la gratitud de los hombres! Era este un espectáculo demasiado espantoso para que pudiesen presenciario aquellos que le amaban; lleváronse á Maria á algunos pasos de allí, en una especie de cueva natural, en que permaneció de pié, blanca y fria como una estatua de mármol. Percibíase á la parte de afuera un murmullo semejante al de las abejas de Engaddi, cuando el pastor de Israel las arroja del hueco de sus encinas. A veces elevábase de repente en medio de ese sordo murmullo, una tempestad de rechiflas, de gritos, de burlas y de espantosas carcajadas de risa. El populacho de todas las naciones ha tenido siempre instintos feroces; pero el de los hebreos se escedió en esta ocasion.

En un intervalo de profundo silencio, causado sin duda por alguna nueva barbarie que cautivaba la atencion de la multitud, oyóse un golpe de martillo, un golpe sordo como que caia sobre la madera y las carnes despedazadas. Magdalena estremecida apretó su pecho contra el de Maria, y el discípulo amado de Jesus se arrimó instintivamente á las paredes de la cueva. Un segundo golpe, mas sordo, mas sofocado y mas siniestro aun, se volvió á oír; y fué seguido de otros dos ó tres que caian á intervalos iguales, y todo quedó concluido. “Mirad como le clavan en la cruz,” hizo observar á sus camaradas un soldado romano. Juan y Magdalena lanzáronse mutuamente una mirada de desolacion: experimentaban una sensacion semejante á la que se experimenta en medio de una tempestad nocturna, cuando los gritos de los naufragos á quienes es imposible socorrer, llegan sobre las olas y se apagan uno tras otro en el fondo de las aguas. ¡Y Maria!... un sudor frio cubria su cuerpo, un temblor convulsivo agitaba sus miembros; ella tambien, pobre y débil muger, acababa de ser crucificada; porque jamás confesor estendido en el potro, jamás mártir alguno en medio de las llamas, sufrió en el alma y en el cuerpo tan espantosos tormentos.

Bien pronto se percibió el rozamiento agudo de las cuerdas sobre las poleas. La cruz se levantaba lentamente en los aires, y el Hijo del Hombre, con el rostro vuelto hácia las regiones del Occidente que aguardaban la luz tanto tiempo hacia, fué enarbolado como un estandarte á la vista de las naciones infieles: así estaba escrito. Entonces el pueblo réprobo lanzó un ronco y dilatado rugido de alegría: “¡Salud al rey de los judios! ¡Si Dios le ama, que le salve! ¡Si tú eres Hijo de Dios, nazareno, baja de la cruz!” Y el ladron crucificado á su izquierda le maldecia tambien entre las agonias de la muerte; el miserable probó ser judío hasta el fin. Jesus, sosteniendo con una dignidad tranquila y sublime su gran carácter de profeta y de Dios salvador, sellaba silenciosamente con su sangre las altas doctrinas de la nueva ley. Ninguna queja, ningun reproche se le escapaba en medio del suplicio infame que padecia á la vista de un pueblo entero; por el contrario, él lanzaba sobre ese pueblo alucinado miradas de misericordia, y procurando aplacar la justicia divina en favor de los que le crucificaban, exclamó con voz agonizante: *¡Padre mio, Padre mio, perdónadles, porque no saben lo que se hacen!*

“Y sin embargo, han transcurrido diez y ocho siglos, y el Padre Soberano no les ha perdonado aun; y ellos arrastran su suplicio por toda la tierra, y en toda la tierra el esclavo se ve obligado á bajarse para verlos.” (21)

La Virgen habia dejado el asilo momentáneo en que se habia refugiado, y caminaba con la cabeza baja hácia el lugar del suplicio. A algunos pasos del árbol de infamia, unos grosos soldados cohaban suertes sobre la túnica sin costura que ella habia hilado y tejido con sus manos (22); y se repartian con algazara las vestiduras sagradas que habian obrado tantas maravillas (23). Una ligera convulsion alteró el semblante de Maria. Se acordó del tiempo en que, rica solamente con el amor de Jesus, pero esenta de inquietudes cercanas, trabajaba por las noches á su lado en la tela de esa túnica de fiesta; y ese pensamiento la causó un dolor agudísimo, porque la luz que le ofrecia en lo pasado la imagen de sus dias de felicidad, no hacia mas que espesar las sombrías tinieblas de su desgracia presente. Levantó los ojos al cielo, para buscar allí, como

siempre, la fuerza para sufrir, y su mirada se cruzó con la del Dios crucificado. A ese horrible espectáculo sus pies lánguidos se clavaron en el suelo, y quedó muda y como petrificada de un horror tan grande, de un estremecimiento tan atroz, que todo lo que había sufrido hasta entonces no le pareció mas que un sueño triste, una vision espantosa, pero casi desvanecida; todo se absorbía en la cruz (24).

Jesus, dejando caer sobre la Virgen santa una mirada dulce y misteriosa, pareció decirle, como en la vispera á sus apóstoles: ¡Madre mía, la hora ha llegado!

¿Qué hora?

La hora mas memorable y fecunda en acontecimientos extraordinarios, cuyo paso señaló la oscuridad del sol, aun despues que el hombre habia dividido la duracion para darse cuenta del tiempo; la hora en que el Hijo de Dios iba á triunfar del mundo, de la muerte, del infierno, y de la misma justicia divina; la hora del cumplimiento de las profecias, de la abolicion de los sacrificios, de la rehabilitacion de la muger, de la libertad del esclavo y de nuestra redencion eterna. Y la Virgen creyó que veia pasar delante de sus ojos á los patriarcas, los reyes justos, los profetas inspirados de Dios, que se inclinaban ante el Cristo como las haces de los hijos de Jacob delante de la haz maravillosa de José. Ella creyó ver á Moisés y á Aaron poniendo al pié del nuevo árbol de vida, el arca de alianza, el efod, el racional, la plancha de oro y el ramo de almendro, simbolo del sacerdocio hebreo, cuya mision iba á concluir; en seguida, á David colocando tambien su arpa profética al lado de la espada de Finécs, del cuchillo sagrado de Abraham, y de la serpiente de bronce. Los sacerdotes y las victimas, los ritos y las ordenaciones, los tipos y los símbolos, agrupados al rededor de la cruz, esperaban allí su consumacion, mientras que el libro de los siete sellos de bronce se habia abierto á los piés del Gran Pontífice, segun el órden de Melchisedec, que reemplazaba á los Aaronitas. El mundo antiguo, retirándose como las olas que se plegan lentamente sobre sí mismas, cedió el lugar á nuevas imágenes. María creyó ver entonces á todas las naciones de la tierra aguardando al pié de la Cruz para recibir el Evangelio. La Etiopia y las

islas tendian sus manos hácia el Mesías; el desierto, que comenzaba á regocijarse, *florece como la rosa*; el conocimiento de Dios llenaba la tierra, como las grandes agnas cubren el lecho de arena del Océano, y mil voces parecian repetir en mil idiomas bárbaros: "*¡El Cristo ha vencido, bendito sea!*"

La noble y generosa muger, dando tregua á los agudos dolores que la destrozaban, uniése simpáticamente al triunfo de la ley de gracia y á la grande regeneracion social; pero la vision de gloria no tardó en desvanecerse, y el dolor penetró de nuevo por todos sus poros. María, como Raquel, lloraba por su primogénito, y desechaba todo consuelo.

Entre tanto, la naturaleza entera parecia participar del sufrimiento de su Dios. El dia se apagaba por grados, y su luz agonizante coloraba con un tinte lúgubre ese grande y estéril paisaje, tan bien apropiado al crimen de que era teatro. A cada momento espesábanse las tinieblas; caía el rocío por la repentina interrupcion del calor; las águilas, arrojando agudos gritos, volvian á su asilo nocturno; los chacales rugian á las orillas del Cedron; y el Calvario, tan triste ya por sí mismo, comenzaba á tomar el aspecto de un gran catafalco de negro mármol. El pueblo, fuertemente impresionado por este extraordinario suceso, empezaba á guardar el silencio del miedo, y solamente algunas voces aisladas y altaneras, las voces de los fariseos y de los gefes de la Sinagoga, continuaban maldiciendo á Cristo.

Bien pronto, á través de los opacos y sombríos celajes que cubrian la faz del firmamento, aparecieron las estrellas, como antorchas funerales que arden al rededor de un féretro, derramando sobre el teatro del deicidio una claridad espantosa y verduzca, que daba á las masas de espectadores curiosamente agrupados en las vertientes del Gibon, el aspecto de una asamblea de demonios y espectros. Ellos se miraron unos á otros, y palidiecion. En vano los escribas y los fariseos, harto avanzados en las agnas del crimen para atreverse á volver á la orilla, se esforzaban en atribuir este prodigio á causas naturales; cuanto mas se prolongaba la ausencia de la luz, menos concluyentes parecian sus razones. Los ancianos, sacudiendo sus cabezas encanecidas, afirmaban no haber visto jamás un

eclipse semejante; y los sabios, versados en las ciencias de los caldeos, sostenían por su parte que ese eclipse ni estaba previsto, ni era posible en la posición en que se hallaba la luna (25).

Este eclipse de tres horas, era uno de los prodigios del Mesías, que manifestaban la ira del cielo, cuando el Cristo fuese entregado á la muerte. "En ese día,—había dicho el profeta Amos,—el sol se ocultará á medio día, y la tierra se cubrirá de tinieblas en medio de la luz." Esas tinieblas se extendieron hasta el Egipto, en donde se encontraba entonces san Dionisio Arcopagita, que estaba estudiando la filosofía en Hermópolis. Atemorizado el joven griego, gritó, dirigiendo la palabra á su preceptor Apollofanes: "ó el mundo va á desaparecer, ó sufre el Autor de la naturaleza." (26)

En medio de la consternación general, Jesús se ocupaba de los amigos fieles que se habían reunido al pie de la cruz en la hora de las ignominias. Enternecido del valor de Juan y de la tristeza profunda que ese joven y amante discípulo procuraba ocultar, quiso dejarle una prenda de su divino afecto. No podía legarle una parte de sus bienes terrenos, *quien no tenía una piedra en que reclinar su cabeza*, y que iba á deber hasta la limosna de un sepulcro á la caridad de sus discípulos; ¡no le quedaba en el mundo otra cosa que su Madre! ¡su Madre, que no le había desamparado nunca, y que se moría de dolor al verle sufrir tanto! El la legó, pues, solemnemente á su discípulo querido, como una prenda de los bienes celestiales, que le reservaba en el reino de su Padre. Sabiendo hasta qué punto era amado de esas dos almas santas, él previó con su bondad adorable el aislamiento horroroso en que su muerte iba á dejarlos, y quiso fortificar esos dos arbustos sin apoyo, enlazando sus ramos separados.

Por esta disposición, que añadía un nuevo y apreciable interés á su vida, debió comprender la Virgen que no le estaba concedido el seguir á su Hijo á la tumba, y que no había llegado al término de su peregrinación sobre la tierra. Ella se resignó á los decretos divinos por amor hacía nosotros, á quienes adoptaba en la persona del santo apóstol. El sacrificio de María igualó casi entonces, humanamente hablando, al de Jesucristo.

;El consentía voluntariamente en morir por nosotros, ella en vivir!... Eran dos corazones fuertes, abrasados de amor hacía los hombres, y que solo ellos se comprendían bien; porque sus pensamientos no se parecían á los nuestros, y el oro de sus virtudes era sin mezcla alguna.

El modo con que Jesús legó María al joven pescador de Betsáida, fué noble y sencillo, como todos los actos de su vida mortal. "Muger,—dijo,—he aquí á tu hijo;" y al discípulo amado: "He aquí á tu madre."

Si al hablar á María, no empleó una locución mas tierna, es porque conocía el poder del nombre que juzgó conveniente omitir, y no quería abrir de nuevo y reventar unas llagas tan vivas ya y tan profundas.

"Después de esto, Jesús, juzgando que todas las cosas estaban cumplidas, y á fin de que se cumpliese también la última palabra de la Escritura, dijo: "*Sed tengo.*"

"Y como hubiese allí un vaso lleno de vinagre, los soldados empaparon en él una esponja, y rodeándola á la punta de una caña, enal un hisopo, se la colocaron sobre la boca."

¡Infames hasta el fin!

Jesús, habiendo gustado el vinagre, dijo: *Todo está cumplido.* Queriendo después probar al mundo que moría, no por el poder de la muerte, sino por un acto formal de su voluntad, exhaló un grito penetrante, bajó la cabeza y espiró...

En este momento los ídolos del paganismo vacilaron sobre sus pedestales de mármol; la estrella de Moisés, que no había brillado sino en un punto del globo y que no debía brillar mas que un cierto espacio de tiempo, descendió al horizonte de los valles; y el Sol del Evangelio, destinado á iluminar al mundo de polo á polo y á durar tanto como el universo, se levantó radiante por la parte de la aurora. Pero Dios debía manifestar con algunos prodigios la dignidad despreciada de su Hijo, y las señales de la ira del cielo no se hicieron esperar. A las tinieblas sobrenaturales que empezaban á disiparse, sucedieron los sacudimientos espantosos de un terremoto, que destruyó veinte ciudades del Asia (27). Al mismo tiempo rasgóse el velo del templo, partiéronse las peñas, y muchos cuerpos de santos que dormían el sueño de la muerte, resucitaron y se aparecieron en

Jerusalén, causando un nuevo espanto en la población consternada.

Entonces fué cuando se obró una reaccion portentosa en favor de Jesús: el centurion y sus soldados que habian presido la ejecucion, exclamaron todos á una voz, que el Profeta nazareno era ciertamente mas que un hombre; y aquella turba inmensa de pueblo, que habia prodigado á Cristo agonizante las injurias, las burlas y los sarcasmos, bajó de la montaña golpeándose los pechos, y repitiendo aterrizada: ¡ESTE ERA VERDADERAMENTE EL HIJO DE DIOS!

En medio de los gritos de espanto del pueblo que huia sin saber á donde dirigirse, y mientras que el Gólgota abria con furor sus entrañas de piedra y temblaba sobre sus antiguos cimientos, vióse, á la pálida y moribunda luz que alumbraba esta escena de horror, una muger, de pié y completamente inmóvil, en medio de las ruinas y convulsiones de la naturaleza. Esa muger aislada, parecia inaccesible al espanto general; con las manos juntas en actitud de orar, estaba absorta en la contemplacion dolorosa del Profeta crucificado.

Y las hijas de Jerusalén comenzaron á llorar de nuevo, diciendo: ¡pobre madre!

Al caer de la noche los fariseos fueron á pedir á Pilatos permiso para quitar los cadáveres de la cruz, temiendo que se faltase á la santidad del sábado, que iba á comenzar al terminar la noche. Obtenida esa licencia, arrimaron escaleras á los patibulos donde los dos ladrones crucificados agonizaban aun, y despues de haberles desatado desapiadadamente los piés y las manos, acabaron de quitarles la vida rompiéndoles los brazos y las piernas. En cuanto á Jesús, como estaba perfectamente muerto (28), se contentó un soldado con introducirle una lanza en el costado, y la sangre divina, que debia lavar el mundo de sus crímenes, corrió á gruesos raudales por la tierra. A alguna distancia, dos mugeres, cubiertas con sus velos y apoyada la una sobre la otra, revelando en su actitud el dolor mas profundo, miraban tímidamente como obraban los soldados romanos: eran María y Magdalena; porque Magdalena estaba allí tambien, y mas lejos veíanse otras mugeres de Galilea, que lo habian dejado todo por seguir á Jesús, y que no le aban-

donaron en la hora del suplicio y de la ignominia. “¡Honor á ellas!—dice Abelardo,—porque cuando los discípulos y los apóstoles huian como cobardes á través de las montañas, aquellas criaturas débiles y valerosas acompañaron á Cristo hasta el pié de la cruz, y no le dejaron sino colocado en el sepulcro.”

Entonces llegó José de Arimatea, un rico senador, discípulo secreto del Mesías, y el cual habia obtenido de Poncio Pilatos el cadáver de Jesús, á fin de tributarle los honores de la sepultura. Bajó de la cruz, y se disponia á envolverlo en un fino lienzo de Egipto, que se habia proporcionado en Jerusalén, cuando vió á sus piés á una muger pálida como la muerte, que le tendia los brazos para recibir al Dios crucificado, manifestando en su semblante todo lo que el dolor tiene de mas tierno y mas sublime. Aquella muger, cuyo cuerpo todo se estremecia por temblores llenos de angustia, no tenia voz para articular la súplica que parecia vagar sobre sus labios; pero en su rostro, inundado de lágrimas, no habia un solo músculo que no rogase. El senador, que reconocia á María, hizo un gesto de simpática compasion, y depositó sobre sus rodillas temblorosas la divina carga, que él habia conducido respetuosamente sobre sus espaldas. Entonces la Virgen Santísima pudo abandonarse al amargo placer de apretar contra su corazón dilacerado, que sangraba como si hubiese sido traspasado con mil puñales, el cadáver desfigurado de su Hijo, y de depositar sus labios descoloridos sobre las llagas que habian hecho los clavos de la cruz. Magdalena, arrodillada, regaba con lágrimas de fuego los piés sangrientos de su Señor, y lloraba como una paloma herida. En segundo término de este cuadro de desolacion estaban las mugeres galileas, que derramaban tambien abundantes lágrimas (29). Durante esta escena, algunos servidores de José preparaban los perfumes sobre la piedra de la *uncion* (30), mientras que otros abrian el sepulcro tallado en la roca, que debia recibir los mortales despojos del Hijo de Dios.